

panegíricos que hoy dedican los *pesamenteros* á sus muertos.

Pero volviendo á éstos, digo: que pobre del que se muere si no ha procurado en vida facilitarse el camino de su salvación, ateniéndose á los hijos, á los amigos y albaceas.

Vemos, y muy frecuentemente, que muchos que tal vez tienen proporciones, mientras viven, ni dan limosna, ni se hacen decir una misa, ni pagan sus deudas, ni restituyen lo mal habido, ni practican ninguna obligación de aquellas que nos impone la religión y nuestro mismo interés; pero llega la hora en que nuestros oídos no pueden menos que escuchar la verdad. Les intima el médico la sentencia de su muerte; conocen ellos que puede no errar el pronóstico, porque su naturaleza se debilita por instantes más y más; se apodera de sus corazones el temor de la eternidad que los espera; se llama al confesor y al escribano; vienen los dos casi juntos; se hace la confesión de prisa y Dios sabe cómo; se sigue el testamento; se dispone todo; se declaran las deudas; se manda pagar; se nombran albaceas para el efecto; se ordena hacer las limosnas que llaman mandas forzosas, algunas á los pobres; decir algunas misas por su alma, y hecho todo esto se recibe el sagrado Viático, los santos Óleos, y muere el enfermo muy consolado; pero ¡ah!... ¡cuánto hay que desconfiar de estas buenas

disposiciones, cuando se hacen á la orilla misma del sepulcro!

Se dan limosnas y se mandan hacer restituciones (si se mandan hacer) en aquella hora, porque no se pueden llevar los caudales á la sepultura. Se mueren muy confiados en que los albaceas cumplirán el testamento ¿y cuántas veces se engañan los testadores? ¿Cuántas veces se transforman los albaceas en herederos, y los curadores *ad bona* en tenedores de bienes? Innumerables. No, no son raras las quejas que se oyen todos los días á los pobres menores á quienes ha dejado por puertas ó la mala fe ó la mala administración de aquéllos.

Todo lo dicho os enseña á no esperar, como dicen, á la hora de los gestos para disponer de vuestras cosas; porque entonces el susto y la precipitación rebajan mucha parte del acierto.

Llegamos á los lutos en los que, como visteis con mi madre, caben también los abusos. El luto no es más que una costumbre de vestirse de negro para manifestar nuestro sentimiento en la muerte de los deudos ó amigos; pero este color, á merced de la dicha costumbre, es sólo señal, mas no prueba del sentimiento. ¿Cuántos infelices no se visten luto en la muerte de las personas que más aman, porque no lo tienen? Y su dolor es innegable. Al contrario, ¿cuántas viuditas jóvenes, cuántos hijos y sobrinos malos é interesables, que desearon la

muerte del difunto por entrar en la posesión de sus bienes, no se vestirán unos lutos muy rigurosos, así por seguir la costumbre como por persuadirnos que están penetrados del sentimiento que no conocen?

El color, dicen los físicos, que es un accidente que no altera la substancia de las cosas; y así, el buen hijo sentirá á su padre, la buena esposa á su marido y los buenos amigos á sus amigos, ora se vistan de negro, ora de azul, ora de verde, encarnado ó cualquier color. Y al contrario: el deudo que no amaba á su pariente, ó que quizá deseaba que espirara por heredarlo, no lo sentirá más que se eche encima cuantas bayetas negras hay en todas las luterías del mundo.

En algunas provincias del Asia, el color blanco es el que han adaptado para luto; y entre nosotros que se acostumbra vestirse de negro el viernes Santo y el día de Finados, se observa que no es por sentimiento sino por lujo.

Después de todo, no tengo por abuso el traje negro en semejantes casos; pero sí califico por tal aquel determinado número de días que se traen los lutos para denotar nuestro mayor ó menor sentimiento, según las graduaciones de parentesco que se tiene con los difuntos.

Ya habéis visto que en el tiempo de mi madre, un año era el prefijado para llevar el luto por los padres,

hijos y consortes,<sup>1</sup> seis meses por los hermanos, tres por los sobrinos, etc. Esta no puede menos que ser una bobera; porque si se amaba á los difuntos verdaderamente y el luto es la prueba del sentimiento, en ningún tiempo se debía quitar porque en ningún tiempo debía cesar el motivo; y si no se amaban, era indiferente el llevarlo pocos ó muchos meses, pues que no prueba sentimiento el traje negro.

Algunas de estas reflexiones hice á mi madre, hasta que la desentusiasmé de su capricho, y me ofreció que nos quitaríamos el luto para el día de san Pedro, que era cuanto yo deseaba para quitarme también la máscara de la virtud que había fingido y correr á rienda suelta por toda la carrera de los vicios, disfrutando de mi libertad enteramente y tirando con mis amigos los pocos medicillos que mi padre había economizado para la subsistencia de mi pobre madre.

Según esta determinación, se me hizo un vestido de petimetre para ese día, y se dispuso su almuerzo, comida y bailecito para la noche.

Llegó el tan deseado para mí 29 de Junio; me quité los trapos negros, que hasta entonces habían sido escolares, y me planté de gala á lo secular. Parece que con campana llamaron á todos los parientes y conocidos ese

<sup>1</sup> En la capital de México ya no se ve tanto de esto; pero en los pueblos, villas y otras ciudades del reino, aún observan religiosamente estos abusos.

día; muchos que no habían vuelto á casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habían ido á dar á mi madre se encajaron entonces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario, Pelayo, y otros como ellos, que también llevaron al baile á sus madamas tituladas que lo eran también más. En una palabra, el olor del guajolote y del pulque de piña acarreó ese día á mi casa una porción de amigos míos, parientes y conocidos de mi madre que fueron á cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida, y á su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile, y todos alguna cosa de lo mismo que habían disfrutado.

¡Qué necedad es tener una diversión pública! Se gasta el dinero, se sufren mil incomodidades, se pierden algunas cosas, y siempre se queda mal con los mismos á quienes se pretende obsequiar, y se recibe en murmuración y habladurías lo que se pretende recibir en agradecimiento.

Sin embargo de todo esto, como entonces yo no pensaba así, nada me daba cuidado, ni en nada pensé sino

en divertirme y holgarme á costa del dinero; aunque es verdad que en aquella hora me adularon bastante, especialmente las coquetas, con cuyos elogios di por bien empleado el dinero que se gastó y las incomodidades que sufrió mi madre.

